

Según me lo contaron

Margarita tenía ojos de cedro; unos ojos de sangre cuando miraba hacia adentro y se veía el corazón y las tripas. Margarita tenía cabellos largos, color de astilla; unas hebras lisas que se le encrespaban cuando le daba por imaginarse sensual. Margarita tenía una mueca ínfima por boca; unos labios carnosos, pintarrajeados de rojo número uno, mientras seguía trazando el boceto de su oculto y feroz animal letal. Margarita era desértica de pechos; voluminosos senos que se expandían hasta el regocijo cuando hojeaba una revista que tuvo escondida por muchos años.

Es que hace muchos años Margarita era soltera, es decir, señorita. No señorita de veras, porque de veras que había ablandado otros colchones. En su etapa cavernícola fue la mujercita que a pesar de desatinados tanteos se revolcó gustosa con la presa nupcial. Margarita pisó, corrió en vez de marchar, y estampó su firma en una iglesia. Margarita se convirtió en toda una señora de apellido compartido.

A Margarita, en lugar de un hijo, le creció un gusano viscoso en el vientre. El vástago emigró del vientre y se le hospedó en el corazón. Debajo del ombligo le nació el hastío y encima de las costillas, esparciéndose hasta el cerebro, una furia inmensa contra El Príncipe Tramposo.

Margarita devoraba libros en su inercia. En vano trató de vencer a Don Juan de que se desnudara y le mostrara sus méritos. En esas divagaciones le llegaba la cuenta mensual de su deuda de hembra, mientras se percataba de que en su héroe se iban borrando los ojos.

Margarita rezaba todas las noches pidiendo comprensión por sus manos traviesas. Rara vez terminaba sus plegarias porque el sueño la atrapaba en un piélago de imaginaciones serenas. A su lado resoplaba El Sapo Verdadero, mientras ella navegaba por recónditos mangles.

Jacobo tenía ojos de mar; unos ojos de hielo cuando Margarita lo miraba por dentro y le veía el hígado y los intestinos. Jacobo tenía finos cabellos dorados; abundantes crines negruzcas cuando Margarita lo transformaba en un potro sudoroso y jadeante. Jacobo tenía labios de cera; unos labios arrugados, sedientos y partidos cuando Margarita los trastocaba por los de un obrero de cara al sol. Jacobo era escuálido de pecho, y Margarita trazaba una ancha meseta por donde dar rienda suelta a su lengua salvaje. Jacobo la amaba así y ella lo sabía.

Es que hace muchos años Jacobo se le metió en la vida y se lo dijo. Y lo peor del caso es que en aquella etapa prehistórica, la que carece de datos y se nutre de especulaciones, Margarita lloraba cuando escuchaba tangos, sumida en la intensidad histriónica de apasionadas historietas de amor. Jacobo la instaló en su castillo y un día, al subirse a lagrimones a su trono, Margarita se encerró en la torre y dejó que le creciera infinitamente el deseo.

Nadie sabe si Margarita, la de ojos de cedro y cabellos largos color de astilla, logró su descenso hasta los valles. Dicen que en la distancia, hace muchos años, calcula las pulgadas una sombra con redes interminables.



Soledad en el bosque, Jan Martínez.
Pastel sobre papel. 2014

Narrativa



Puede ser que en su huida Jacobo no te contara lo de los jazmines. Se los comió y es todo, aunque apenas comience a contarte el triste proceder de Jacobo.

Parto de la premisa de que las historias tienen alma de bruja. Una poción de letras sólo surte efecto si en la imaginación existe un hueco para el encanto, si acaso en la razón resta un dejo de histeria. ¡Pues venga ya la historia! Y si pecho de amarilla, puedes tacharme con rojo o púrpura, con tinta fuerte.

Jacobo, y lo nombro porque el nombre de ella de pronto se me atora, se fue a vivir un sueño con todos sus percances. Allá no se daban jazmines, brotaban buganvillas, y él empacó unos cuantos tallos y semillas cuando huyó de su entonces. La conoció, y tuvo que aceptar la realidad de un amor que siempre pesa, que sabe que es materia hasta en las pesadillas. Y porque pesa en la nada se desvanece con todo. Un amor trae consigo un código en chino.

Entre iguanas y águilas plantó su certeza. Tomó tequila: ¡tan bueno para machos como para hembras! Lo irreal se convirtió en un plano esclarecido: tenía hambre, como siempre; tenía frío porque siempre hacía frío. Pero importaba más el sueño hasta el que escalaba entre brumas con ojos que querían. Desvaneció en la espuma todo lo que vio: la decisión sin caos, el orden, la esperanza de morir viejo sin amarrarse a un tubo que, aunque a golpes, respira y es costado.

Ya sé que te fastidia, volví a rimar todo. Retrocedo. Jacobo materializó su sueño y allí la conoció, entre buganvillas, cantando boleros y chupando tequila. Intentaré, ¡prometo!, no contártelo en rimas.

Maldijo al águila que también en su sueño era águila; se murieron los pájaros. Contrajo nupcias con aquella que también en su sueño era fémina; se divorció de todos. Sé que no hubo vástagos. Los sueños tatean música en la sangre iluminados por un brote de relámpagos.

Ya no me crees... Prosigo pues mi lengua es como un cántaro atarantado de nidos. Jacobo se creyó su sueño. A ella le entregaba jazmines entre versos, prometiéndole que los vería, era cuestión de esfuerzo. Y ella, ¡cómo no!, creía y maldecía.

Jacobo plantó en el huerto los jazmines blancos. Asó nopales, espartó lagartos. Y se dieron tan rojos sus preciados jazmines que Jacobo titubeó. No estaba estipulado que el sueño trastocase sus jazmines níveos del pasado. Mas portaban un singular olor y soñó de nuevo y ya no supo el nombre de su mujer.

En fin, se comió los jazmines. Era tanta su ira que el sueño terminó con facha de enemiga. Jacobo me lo contó. El sueño, ¡qué sé yo!, se le antojó un gesto suicida y en eso terminó.

A ella la dejó incrustada en un ataque de vida, uno de esos, de esos tantos que a veces padecen los que nunca buscan salida a los enredos porque les intriga el nudo. Su pira -jazmines blancos, rojos, amarillos, anaranjados, negros- se apagó en su garganta. Jacobo tragaba, tragaba lento. Se los comió y es todo.

Releyendo a los antiguos me topé con un santo con astucia de lobo, y decidí escribirte para contártelo. Mi patio a estas horas luce margaritas y jazmines blancos salpicaditos de lodo. ¡Ay!, cada vez que los veo me acuerdo de Jacobo.

